

---

“ORANDA EBISU”  
JUEGO, CONCEPTO Y TÉCNICA

FERNANDO AUCIELLO

*Por primera vez, valoré el atractivo de  
zonas desamparadas y desérticas...*

Victoria Ocampo

A la distancia, recordemos en este foro aquellas relaciones que mantuvieron encumbrados intelectuales sobre temas y en tiempos acuciantes. Pensamos en las que se organizaban en el marco de la Liga de las Naciones. Tengamos presentes algunos ejemplos, aquella carta en la que Einstein trata de pensar la guerra, carta a la que Freud responde con infinita cautela: “*Primero me aterró bajo la impresión de mi —a punto estuve de decir «nuestra»— incompetencia*”, el recuerdo del explorador del Polo, Fridtjof Nansen, ayudando a víctimas de la Primera Guerra, le permite al gran psicoanalista enderezar su respuesta bajo la enmienda psicológica que se conoce como su *Warum Krieg?*, *¿Por qué la guerra?*

Pienso en la distancia, no sólo por ser la década del treinta, época entre una gigantesca contienda pasada y otra venidera, también a esos intelectuales que sin retroceder por el tema aceptaban su falta de incumbencia. ¿Qué queda para nosotros?

Solución técnica, disciplina profesional, conceptos, son términos que esperaríamos que el buen filósofo los medite, y qué se puede esperar de quien no ha leído la *Meditación de la técnica* de Ortega. Permítasenos seguir aunque más no sea con el recuerdo de aquellas memorables cartas, además de guerra, nacionalismos y violencia, se reflexionaba sobre la relación entre progreso y técnica.

Uno de los autores que participó en ese tipo de intercambios fue Johan Huizinga dirigiéndole una carta a Julien Benda. Fijémonos sin más en algunas ideas que nos acerca el creador de uno de los conceptos de juego más aceptado en nuestra época. Refiriéndose a las debilidades de lo que llamaban civilización moderna: “*puerilidad, superstición e insinceridad*”. No se piensa en amuletos sino en la superstición de la técnica, “*en la eficacia ulterior de los submarinos*”.

Ahora no puedo precisar en qué libro presenta una especie de proporción, era algo así como educación: saber: técnica; tal vez educación: conocimientos: aplicación técnica. Los libros pueden ser o *Entre las sombras del mañana* o *En los albores de la paz*. La proporción servía para graficar la comparación entre épocas: si en cierta época podía ser 4:2:1, en su contemporaneidad se resolvía por 1:2:4, por ejemplo.

El aumento del último término es algo que ilustra la sociología, *La rebelión de las masas*, inevitablemente referido. Ideas que deben haber actuado para que el juego sea otra cosa que una técnica.

“*Oranda ebisu*”, oraba la leyenda bajo un mascarón de proa en un museo en Japón; con esta anécdota termina el anexo del *Erasmus* de Huizinga. Plagados de infinitas técnicas, en el campo del concepto nos debemos algo similar a lo que sucedía con el libro que Erasmo quería pasar del griego a un latín que se leyerá, nada menos que un Nuevo Testamento. “*Oranda ebisu*”, “bárbaro holandés”, traduce la versión que el español tomó de la versión inglesa de lo que fue escrito en holandés. En el museo de Tokio no sabían que se trataba de la figura de Erasmo, justamente del autor de los *Antibarbari*.

En lo que respecta al juego, esa traducción, esa leyenda incluso, está faltando en español, en nuestras lenguas. Esa falta en el idioma nos detiene en el arduo acceso a la obra en la que figura y se desarrolla el famoso concepto.

Nuestro *Homo ludens* es traducción del francés, que esperemos haya sido traducción del original; la obra de Huizinga casi no ha sido traducida de su holandés; por suerte la carta que mencionamos fue escrita en un cercano francés. Difícil situación la de precisar conceptos cuando estamos saltando de lenguas en lenguas, con tanta debilidad de fuentes. Ahí donde falta una fuente hay una laguna, y la praxis hace agua o se va a pique.

“*Oranda ebisu*”, si este ensayo breve como aquel mascarón se encuentra en países remotos tal vez le cabría la leyenda “*porteño bárbaro*”, pero en este caso a diferencia de lo que sucedía con la eminente madera, no tengamos la esperanza de encontrarnos con alguna clave negando la barbarie. A los que somos de Buenos Aires, y hablamos como está escrito este texto, nos dicen “porteños”, y eso explica el primer término. La distancia al idioma, a las obras en las que se pensaron esos conceptos explica la condena en estas regiones, la barbarie en la que nos revolvemos. Es uno de los motivos de recurrentes encuentros con prácticas y técnicas ciegas, casi sin pasado, sin perspectivas, sin conceptos que den paso a reflexiones en serio. ¿Nos es dable esperar que, como en aquellas épocas de la carta a Julien Benda, las técnicas ciegas no sean anunciadoras de aciagos tiempos?

Hoy en día es más difícil encontrarse cuando se trata de juego con ideas que con técnicas. Estamos lejos, lejos de las fuentes, lejos de las ciencias,

lejos de los conceptos. Acortar esas crecientes y enormes distancias es nuestro anhelo.

Al abordar la segunda parte de la pregunta no quisiera dejar de evocar a Roger Caillois, eterno aventurero que palpó América, autor fundamental del juego, quien se dedicó a pensar lo imaginario, el rigor, las diagonales ciencias. Bajo un subtítulo, *“La imaginación rigurosa”*, una frase nos entrega una idea: *“Los caminos de la imaginación... obedecen a una extraña y solapada legislación”*. La sociología que desarrolla cuando el último gran verdugo muere ilustra aún más aquella sentencia, nos asombramos cuando *“...los autores están menos de acuerdo sobre los hechos que sobre su halo legendario...”*. Caen en el canasto las realidades confusas quedando sobre la tabla las repetidas y legisladas leyendas. A qué hora, poco importa, sí que el anciano recién muerto podía haber pensado en su hija que no se casa, en el inverso de su fama, en algún tabulado etcétera. Se explica: *“En general, uno no espera encontrar deleznable y difusa la realidad, resistente y neto lo imaginario”*.

Sirva para mantenernos alerta si nos apresuramos a oponer libertades imaginativas a automática y rigurosa ciencia.

Esperamos que no se vea en esta respuesta anacrónica una mirada dramática que busca complicidades obscenas, como si se tratara del anuncio de un mundo de desastre y miseria. En *Entre las sombras del mañana*, Huizinga explica con qué talante hace sus apuestas, *“he aquí mi única réplica: soy optimista”*; seguramente pensaba en el desarrollo y presencia de otras fuerzas que las técnicas. Y ahora, hojeando ese libro, descubro que ahí está la proporción 8:4:1, y 2:16:16, y las épocas comparadas eran el siglo XVIII y aquella década de los treinta. Los términos de la relación eran: la educación de la comunidad, aumento de conocimientos, y en tercer lugar la aplicación técnica.

No nos adelantemos a decir dónde está el bien, a achacarle la responsabilidad a la falta de educación, a la promiscuidad de la técnica; señalemos, sin embargo, que esos números al cruzar el Atlántico trastabillan y se deprecian.

El explorador del alma termina su carta con unas disculpas; es segura la desilusión ante su respuesta. Acostumbrado a buscar claves en palabras cruzadas, no se ha dedicado a indagar guerras. Hacemos lo mismo, pedimos disculpa, desde este lugar en el que Caillois encontró una tierra que exageraba cielos, que le prometió desiertos a cambio de sus destrezas.